

A la muerte de don Ramón Berenguer IV (1162), el espíritu de la reforma de San Bernardo de Claraval, tan caro al fundador del cenobio, no prevaleció por mucho tiempo en el Monasterio populetense con la integridad mantenida hasta entonces.

Su sucesor Alfonso II (1162-1196) recoge e impulsa, en lo espiritual y material, la idea y la obra de su padre: en lo material imprime mayor amplitud y grandiosidad a la obra de la fábrica de piedra; en lo espiritual eleva y exalta las ceremonias litúrgicas y las solemnidades del culto. Una y otras inician la nueva orientación que la influencia real imprimirá en el Monasterio. Al principio esta tendencia de Poblet a lo grandioso se mantiene todavía dentro de la más severa dignidad monacal, pese a que su iglesia mayor, toda austeridad en la decoración, esté concebida, sin menoscabo del riguroso espíritu inicial cisterciense, en unas proporciones de grandiosidad que San Bernardo condena al referirse a «la inmensa elevación» y a «la longitud inmoderada». El empleo de la piedra labrada como material de construcción, la magnitud de las nuevas edificaciones pugnan con aquellos principios de pobreza y humildad que con tanto ahínco predicaba a sus compañeros y discípulos el santo reformador.

El 1194 tuvo lugar en Anglesola un acontecimiento que debía ser histórico para el Monasterio. Alfonso II otorga testamento en presencia del Arzobispo de Tarragona, disponiendo que «post mortem» su cuerpo sea trasladado a Santa María de Poblet para recibir allí cristiana sepultura. Esta disposición ordenada en «escritura auténtica» significaba el fin de la antigua tradición, seguida hasta la fecha por la Casa Real de Aragón y la conda de Barcelona, de enterrar sus reyes en San Juan de Peña y en Santa María de Ripoll. Al propio tiempo y en el mismo documento, el monarca lega su corona real al Monasterio, con la expresa voluntad de que sea colocada sobre el altar, disposición contraria a lo prescrito por la regla cisterciense, según la cual sólo la Cruz podía figurar en los altares de sus iglesias. He aquí cómo, por este hecho, sobre el símbolo de la Divina Realeza colocábase el de la realeza humana; cómo por encima del emblema de la humilde pobreza campeaba el del poder y la riqueza ostentosa, destacando lo que es efímero y transitorio sobre lo impercedero, sobre lo que de hecho significa y representa valores de eternidad.

De la penetración e influjo cada vez mayores de la Casa Real, ejercidos sobre la vida monástica en el seno del cenobio cisterciense, surgen y prevalecen directrices que determinan en él una gradual transformación del espíritu que imprimiera a su reforma el Santo Abad de Claraval. El ideal del retorno a la primitiva austeridad de la regla, que informa los principios fundamentales de los reformadores de la Orden, frente al acopio de riquezas y a la pompa fastuosa de los benedictinos y en particular de los monjes cluniacenses, ideal radicado en la más genuina humildad cristiana —se llegó incluso a suplicar a San Bernardo que desde el cielo se opusiera a la canonización de los propios Santos de la Orden—, en el amor a la sencillez del culto divino y en la pobreza monacal, no pudo resistir por mucho tiempo en el joven cenobio los halagos de tan altos privilegios y atenciones con que lo distinguió la Casa Real, tras los cuales penetró en aquellos venerables claustros el espíritu de relajación, por el que Poblet llegó a superar, en ostentación y riqueza, al propio Cluny.

Los valores tradicionales de la Iglesia en su austeridad substantiva tuvieron escasa influencia en la conducta de los sucesores de Alfonso II y en los propios abades, los cuales, tanto en lo social como en lo religioso, buscaron todo cuanto podía reportar mayores beneficios a los altos objetivos de la Orden (Doménech y Muntaner, *Historia y Arquitectura del Monasterio de Poblet*, 1928, pág. 88).

Jaime I marca el cenit del poderío del Monasterio al concederle el alto privilegio de poder ostentar la enseña real como signo de protección. Su legado suntuario a Poblet (1276) elevó el culto al mayor grado de riqueza que pudiera alcanzar, sin precedentes en el país, iniciándose un esplendor sin límites en la riqueza de los objetos del culto litúrgico. Antes de partir para la conquista de Mallorca reúne a sus nobles en el Monasterio para implorar ante el altar la bendición del Altísimo.

Los reyes se postrarán para adorar en el altar de Poblet el «Lignum Crucis», y los nobles depondrán sus armas al entrar en el cenobio. Sus abades pasarán a ser consejeros, embajadores, políticos, notarios, limosneros reales. Disfrutarán del privilegio de abstención de todo juramento.

Los enterramientos en Poblet, la protección real al cenobio tan brillantemente iniciada por Alfonso II y mantenida durante el

POBLET

BAJO LA INFLUENCIA REAL

POR FEDERICO MARÉS

reinado de Jaime I con la serie ininterrumpida de los sepulcros y legados de los grandes magnates, sufren un largo paréntesis hasta que Pedro IV, al cabo de los años, renueva los sepelios reales en el cenobio populetano, al disponer, para después de su muerte, ser enterrado en dicho Monasterio. Esta determinación estaba destinada a devolver a Poblet, no sólo la estima y predilección de la Casa Real, sino su antiguo esplendor. A este monarca se debe la transformación del Monasterio en institución al servicio de la monarquía, y de la iglesia en panteón de los reyes de la corona catalano-aragonesa (1).

Pedro el Ceremonioso era, en espíritu y carácter, la antítesis de aquellos principios que la casa madre de la Galia Narbonense había inculcado a su nuevo retoño de Poblet y que con tanta pureza mantuviera el santo fundador del cenobio, Ramón Berenguer IV. Cuando alude al Monasterio, se refiere siempre a «nuestro Monasterio de Poblet»; interviene en él como si se tratara de su propia casa. Al mismo abad Guillermo de Agulló —el hombre más importante y considerado del reino, el oráculo y guía reconocido por «el Ceremonioso» en su crónica— le advierte y amonesta una vez como si se tratara de un súbito suyo. Vincula el Monasterio a la monarquía, pero en cambio le concede dentro de ella la más alta representación, introduciendo el curioso privilegio perpetuo de nombrar consejero y limosnero mayor de la Casa Real de Aragón al abad de Poblet, con derecho de legación en los monjes.

Es tan importante la influencia de «el Ceremonioso» en Poblet, que la obra más destacada durante el abadiazgo de Agulló fué precisamente de carácter real, y su obra máxima, la que revistió el Monasterio de mayor prestigio histórico, fué la de las sepulturas reales. Para ellas tuvo sus preferencias, constituyendo la obsesión constante de su reinado.

No se limitó el monarca a elegir su propia sepultura en Poblet, sino que en documento fechado en Barcelona el 2 de enero de 1377, exige que sus sucesores hagan lo mismo, anulando la costumbre de sus inmediatos antecesores que disponían, según inclinación o devoción particular, su enterramiento en Barcelona, en Lérida, en Poblet o en Santes Creus; además de esta exigencia, ruega y ordena a sus caballeros y súbditos que no juren acatamiento a sus sucesores en el trono, al iniciar su reinado, si antes no hubieran dispuesto ser sepultados «post mortem» en Poblet, revocando al efecto cualquier ordenación o provisión en sentido contrario.

A los legados reales se suceden los de los príncipes, los de los nobles y ricos hombres que desean ser enterrados en el cenobio. La abundancia de los objetos donados, aparte los privilegios, tierras, casas, castillos, derechos señoriales, etc., es tal que precisa la construcción de una nueva sacristía —de veinte metros de largo— para exponer en ella ostentosamente una parte tan sólo del tesoro acumulado. Según el insigne historiador del Monasterio, el P. Finestres, la cantidad de objetos, mitras, casullas, capas pluviales, dalmáticas, frontales, rasos de flores, damascos, terciopelos, brocateles, alfombras, relicarios, cruces, cálices, custodias, blandones, candelabros e imágenes de plata, joyas, pedrería, esmeraldas, zafiros, turquesas, diamantes, rubíes, lapislázulis, ágatas, allí reunidos, era de tal volumen y categoría que «llegó a fatigar a la vista». El número y riqueza de los relicarios de oro, plata y ébano era tan importante que, «fuera de Roma, no será fácil se encuentre en otra iglesia», ya que entre ellos figuraban sesenta y seis cuerpos completos de santos y santas mártires. El más destacado cronista de la Orden, fray Angel Manrique, refiriéndose a las filiaciones del Monasterio de Font-froide afirma que Poblet valía por mil y no era superado por ningún otro del mundo, «*Populetum toto orbe christiano nulli secundum*».

Los siglos XIII y XIV hicieron de Poblet lugar destacado de la política del Reino de Aragón. En sus estancias claustrales se planearon campañas de reconquista ibérica y expansiones mediterráneas.

Si la influencia de la realeza en el Monasterio desbordó el espíritu de la regla del Santo Abad de Claraval, sintetizado en la humildad generatriz de la Orden, tan cara a su fundador Ramón Berenguer IV, reconozcamos también que aportó en su evolución un alto servicio a la Orden, a la historia, a la cultura y al arte.

(1). Según Hieron. Blancas Aragón —citado por Finestres en el tomo I, página 42—, Ramón Berenguer IV hizo edificar el Monasterio de Poblet para mausoleo celeberrimo de los Reyes de Aragón, sus descendientes, y por no estar terminado aún, fué enterrado en el Monasterio de Santa María de Ripoll.